

NUESTRO ENEMIGO EL LUJO

(Lectura hecha en la Academia de Bellas Letras.)

Sobre pocas materias se ha moralizado i lejislado con mayor variedad que sobre el lujo, pero tal ha sido la anarquía de las doctrinas que hasta ahora no se sabe fijamente en qué consiste esa pasion, hasta dónde su desarrollo es un bien, ni hasta dónde sus estragos son un mal para la sociedad. Bajo estos aspectos puede decirse que el lujo, tan antiguo como la historia del hombre, es todavía una cuestion nueva i cuyo objeto no está bastante definido, ni circunscrita su estension, ni fijados los términos que deben servir como puntos de partida para resolverla científicamente. I ai de las cuestiones que por tocarse con las preocupaciones populares o porque se ligan con los principios de la sociabilidad, caen bajo el dominio de la discusion pública sin haber sido de antemano estudiadas ni resueltas por la ciencia! Ellas tienen la desgracia de quedar sustraídas a la jurisdicción de la razon i entregadas a los excesos de la pasion o a las extravagancias del empirismo, i en tal caso la ciencia se detiene, los argumentos se repiten, las críticas i los encomios se confunden i los hechos mutilados parecen, segun la justa expresion de un sábio, "*cobardes testigos prontos a declarar en pró i en contra de la verdad.*" Consagremos, pues, un momento al examen de esta vieja cuestion i tratemos de penetrar por el análisis sus causas i sus efectos, porque ella es de viva actualidad i entra de lleno en el cometido de la seccion sociológica de esta Academia, destinada por sus estatutos "a estudiar los fenómenos científicos en conformidad con los hechos demostrados por la ciencia o por las leyes de nuestro desarrollo social."

I.

I desde luego, ¿qué es lujo?—La vaguedad de las acepciones que se dan a esta palabra es por sí sola una causa de confusiones

i de dudas. Stewart dijo que era *el uso de lo supérfluo*; Say, *el uso de lo caro*; Montesquieu, *el consumo de lo que no se necesita para vivir*; Droz, *el derroche ostentoso i el gusto inmoral*.—Apesar del respeto justamente debido a tan grandes maestros, yo me atrevo a creer que todas esas definiciones son inexactas o por lo ménos incompletas, pues lo barato i lo caro, lo necesario i lo supérfluo son indudablemente términos relativos a la fortuna de los individuos o al estado de la sociedad, i hasta la ostentacion i la inmoralidad de ciertos gastos, que pueden reputarse como de lujo en tales circunstancias, podrian mui bien considerarse de otra manera en circunstancias diferentes. Humilmente hablando, yo creo que seria mas exacto entender por lujo, *el gasto excesivo i de pura ostentacion*, porque este es el carácter distintivo i peculiar del lujo propiamente dicho, al ménos del lujo moderno.

En efecto, ya se trate de los individuos o de los pueblos, el lujo, moral o económicamente considerado, no puede significar otra cosa que exceso de gastos de capricho i falta de produccion equivalente o merma del capital reproductivo i consiguiente empobrecimiento para lo futuro; o en otros términos, derroche del dinero para ostentar i consumir improductivamente mayor cantidad de riquezas que las que crean el trabajo i los ahorros. Cuando la labor o la economía del hombre reproducen los valores consumidos, no cabe decir que se gasta lujo. El crecimiento regular i simultáneo de las necesidades individuales o populares, tampoco puede decirse que sea un progreso del lujo, porque si la produccion basta para satisfacer esas necesidades el lujo no existe o por lo ménos no es un mal. Hai mayores comodidades, la vida tiene mas exigencias, cunde la civilizacion i con ella el espíritu de igualdad i el deseo natural de progresar; pero la intelijencia i el trabajo retribuyen con usura los esfuerzos del hombre; el capital incrementa i cada necesidad nueva queda satisfecha con la creacion de un producto equivalente. En estos casos no hai lujo, porque no hai exceso en los gastos respecto de las entradas; los consumos aunque fuertes no son improductivos; ni hai empobrecimiento, porque la industria i el trabajo aumentan la riqueza a la par con las necesidades de la existencia:

Tan cierto es esto, que los mismos maestros ya citados, vien-

do que sus definiciones no satisfacen, las amplifican i Say nos dice, por ejemplo: "que el lujo de los vestidos no consiste en que sean caros, buenos i cómodos para el que los usa, sino en que sean desproporcionados a su caudal i estén hechos como para deslumbrar a quien los mira." Así es que segun este escritor, el lujo no tiene por fin la utilidad, la comodidad ni el ornato sino la admiracion de los demás, siendo su objeto deslumbrar no por el uso de las cosas mas útiles sino de las mas raras i de mayor precio, como que son éstas los que mejor sirven para satisfacer la vanidad de quien las usa.—Pero el precio elevado de las cosas tampoco constituye el lujo, pues lo que para mí es caro puede no serlo para tí, lo que para Pedro es inútil talvez es para Juan indispensable. Un caballero a quien conozco come de ordinario con ostras i vino del Rhin, trufas i Champagne, i como es rico, nada le impide darse un gusto semejante; pero si esto lo hiciese un pobre artesano cercenando el sosten de su familia, es indudable que gastaria en ello un lujo i de la peor especie.

Esta misma acepcion da al gasto de lujo el célebre profesor Baudrillart, que distinguiéndolo en bueno i malo i anatematizando este último por el daño que trae a la moral de los pueblos, acaba por afirmar "que la multiplicacion caprichosa de las necesidades facticias i la vanidad son hoy la causa verdadera de esta pasion i como el signo distintivo de nuestra época." Tambien Montesquieu habia ya señalado ese mezquino sentimiento como causa determinante del lujo i condenándolo con toda la fuerza de su lójica decia: "Cuanto mayor es el número de hombres que están juntos, mas i mas crece en ellos el deseo de distinguirse por vanas fruslerías. Si el número es tan grande que la mayor parte de ellos no se conocen unos a otros, crece el anhelo de hacerse notar por ser mayor i mas difícil la esperanza de lograrlo. La pasion del lujo alimenta esa ridícula esperanza. Cada cual toma los distintivos de la condicion que precede a la suya; pero a fuerza de querer distinguirse todos se hacen iguales i nadie se distingue."

II.

Mas sea lo que fuere del sentido de la palabra, el hecho es, señores, que basta abrir los ojos para conocer que el espíritu

de igualdad, base fundamental de la sociedad moderna, crea i desarrolla cada dia mas en los individuos i en los pueblos cierta vanidosa emulacion por aparentar i hacer figura;—un grande amor por las satisfacciones materiales i un deseo ardiente de distinguirse, no tanto por obras grandes i buenas como por la ostentacion de cosas caras, a veces de poca o ninguna utilidad i a veces de pura fantasía, pero que dan al vulgo una alta idea de la riqueza, cultura i jenerosidad de los que las poseén. Este hecho, que es como lo resultante de nuestro modo de ser actual, explica por sí solo nuestra marcada aficion al lujo, mal que crece con los adelantos democráticos i que si puede llegar a ser una calamidad, porque convierte los vicios privados en vicios públicos i porque fomenta las bajas pasiones hasta merecer los anatemas del lejislador i del filósofo, no por eso deja de ser uno de los elementos constitutivos de nuestra vida de hoi, plausible i vituperable segun los casos i que puede estenderse por la pasion o modificarse por las costumbres, pero que, como hecho sociolójico fatal, es indispensable tomarlo en cuenta por su influjo en la marcha de un pais nuevo i de civilizacion incipiente como el nuestro.

Conocida así la causa, yo creo que, sin necesidad de profundas investigaciones, se descubre tambien que el lujo, sea cual fuere la acepcion en que se le tome, cuando no destruye los capitales i agota los jérmenes de la produccion, trae al ménos como resultado el consumo de toda o casi toda la renta, i entónces no crece la riqueza en proporcion a las necesidades, faltando en consecuencia uno de los elementos de la produccion i viniendo en pos de esta falta los vicios i la miseria. Por eso ha dicho Say, hablando de los efectos de esta pasion insensata: “Un país que declina por causa del lujo excesivo ofrece durante algun tiempo la imájen de la opulencia. Es lo propio que se ve en la casa de un disipador que se arruina. Pero este brillo facticio no dura i como agota los manantiales de la reproduccion, es seguido infaliblemente de un estado de opresion i consuncion política, que no se cura sino por grados i por medios de todo punto contrarios a los que han servido para su aniquilamiento.” Lo que importa tanto como decirnos, que los estragos de esa lepra social que se llama *el mal lujo*, no se curan

sino por el trabajo largo i sério, la economía bien entendida i el órden en el consumo i los gastos.

III.

Temeroso, señores, de abusar de vuestra induljencia, yo no quiero entrar en mui menudos detalles sobre el tema que vengo a tratar ante vosotros; pero creo decir una verdad conocida para todos si asevero que de algun tiempo a esta parte son realmente estraordinarios los progresos del lujo en nuestro pais. En efecto, despues de las bellezas del suelo i del cielo de Chile, ¿qué cosa llama tanto la atencion del extranjero que nos visita como el lujo deslumbrador que advierte en todos los órdenes de la vida de nuestra sociedad elegante? ¿Dónde se ven en América vestidos, coches, joyas, estátuas, cuadros, objetos de gusto i de arte, ni adornos i menajes de casa mas numerosos i espléndidos? ¿Qué artículos de esta especie hacen falta entre nosotros? Las tiendas i almacenes de Santiago i Valparaiso ¿no rebotan en las preciosidades mas esquisitas de gusto i de fantasía? ¿Qué pueblo español de este continente consume tanto como el nuestro en mercaderías francesas, o mas propriamente en artículos parisienses, que son todos o casi todos de fausto i ostentacion? Nuestro comercio en este ramo ¿no es el doble que el de la España o la Béljica, la Suisa o el Piamonte, límites de la Francia i que tienen tanta mayor riqueza i poblacion que Chile? I bien miradas las cosas i guardada la proporcion respectiva, ¿no es mucho mayor el lujo de Santiago que el de Buenos Aires o Lima, Montevideo o el Janeiro, Florencia o Bruselas, Munik o Madrid, sino muchísimo mayor que el de Paris, Berlin i Lóndres, si se atiende, como es lójico, a los vastos recursos i a la densa poblacion de esas grandes capitales?

No obstante esta observacion, que confirman mis recuerdos de viajes i que aunque vaga i jeneral es para de mí una verdad evidente, la estadística comercial del 69, haciendo por via de ensayo un estudio comparativo de los consumos de lujo en nuestro pais, arribaba a mui diversos resultados i concluia por asegurar que ellos probaban nuestra rigurosa economía i alta moralidad. Para el efecto dividió la importacion total de mercaderias estran-

jetas eu 18 órdenes, de los cuales asigna 11 a la importacion de los artículos que llama *necesarios* i 7 a la de los *superfluos*; i calculando cuánto p^o corresponde a cada uno de estos órdenes en el consumo jeneral i suponiendo a Chile una poblacion de 1.900.000 habitantes, concluye por afirmar que entre nosotros el consumo *necesario* llega a 82 p^o i el *superfluo* solo a 18 p^o;— que el consumo total de mercaderias extranjeras es de 14 ps. 33 cts. por habitante i que de esta suma 11 ps. 77 cts. son el valor de artículos *necesarios* i solo 2 ps. 56 cts. el valor de los *superfluos*;— que en aquellos corresponde a vestuario, alimentacion i gastos domésticos el 58 p^o o sean 8 ps. 39 cts. por habitante;—que el consumo industrial es un 18 p^o del consumo total de efectos extranjeros i corresponde a 2 ps. 65 cts. por habitante, consistiendo todo él en máquinas e instrumentos para la industria i en materias elaborables, cuyo uso i aplicacion da ejercicio a nuestros industriales;—i en resúmen, que con un gasto total, en aquel año, de 27.232,218 ps. resultaron de consumo necesario 22.372,411 ps. i de consumo *superfluo* solo 4.859,807 o sean 82 p^o del primero i solo 18 p^o del segundo. Para mayor claridad hé aquí el estado:

CONSUMO SUPÉRFLUO.

Vestuario de lujo.....	2.164,735
Golosimas i bebidas.....	1.460,084
Tabaco.....	732,041
Juegos varios.....	98,052
Perfumería.....	103,196
Menaje de lujo.....	152,808
Bellas artes.....	148,891
Total del consumo <i>superfluo</i> \$	4.859,807
Id. del “ necesario	22,372,411

Total de ámbos consumos \$ 27,232,218

IV.

Sin desconocer la curiosidad i la novedad de este estudio estadístico, único publicado hasta ahora entre nosotros i que me haya sido dado consultar, es preciso convenir en que sus conclusiones distan mucho de ser la espresion de la verdad,

tanto por el exeso i disminucion de los valores sobre que se han basado los cálculos, como por la imposibilidad absoluta que hai para determinar los usos a que pueda aplicarse cada artículo de consumo de los que nos vienen del extranjero. En efecto, ¿cuáles son entre los artículos importados los realmente necesarios i cuáles los supérfluos? ¿Dónde están la pauta o el criterio que han servido para separarlos?—En la última entrega de la estadística que tengo a la mano, veo que entre los supérfluos se hace figurar una muchedumbre de artículos que son no solo necesarios sino indispensables para el consumo atendidas la riqueza i cultura de nuestro país, al paso que entre los artículos necesarios veo figurar otros muchos que por el objeto a que se destinan podrian pasar mui bien a la categoría contraria. Sirvan como ejemplo las alpacas, el acero, los arneses, artículos para modistas, brocato, cachemira, camisas, cacao, etc. El consumo de estos objetos i otros análogos, ¿debe considerarse como supérfluo i de lujo o bien como necesario para la vida? ¿Quién se atreveria a asegurarlo? ¿I cómo ni por qué medios podria hacerse de ellos una calificacion acertada? ¿Creeis que pueda someterse a reglas fijas el uso de las cosas que se compran i se venden? Los encajes i las joyas que figuran entre los artículos de lujo mas reconocidos, ¿no se adquieren i hasta se encargan a Europa para embellecer a las damas i tambien para servir a objetos piadosos como el adorno de las imágenes de nuestros templos?

No, señores, el procedimiento segundo por la estadística es deficiente a toda luz, el trabajo ejecutado por su medio carece de base i ántes que revelarnos la realidad de los hechos podría inducirnos en errores gravísimos. A nadie se le oculta la dificultad que hai para formar una estadística exacta de lo que se llama *el lujo*, pero esta dificultad se hace insuperable cuando para computarlo se principia por distinguir lo *superfluo* de lo *necesario*, términos esencialmente vagos i relativos no solo a la fortuna de los particulares, sino al estado de la sociedad en que viven i a la naturaleza i circunstancias de los consumos. Aunque la aduana separe unos de otros esos artículos, hai entre ellos muchos que se confunden bajo una sola denominacion, v. g., los *artículos para modistas* que acabo de citar, que son de varias especies i se importaron el año último por valor de 279,446 ps.

como hai otros que para las facilidades del despacho aduanero se incluyen en la nomenclatura de *surtidos*, v. g. los muebles, la ropa, el calzado, la joyería, la cristalería, etc. I este inconveniente que hai para formar estadísticas especiales, como la de que hablo, lo tienen todas las aduanas i principalmente aquellas que agrupan mayor número de artículos en cada nomenclatura de su tarifa de avalúos. La República Arjentina, por ejemplo, comprende todas sus importaciones en 130 artículos, al paso que las nuestras alcanzan a 760, como que pagamos cuasi por completo al extranjero todos nuestros consumos de necesidad i de gusto i aun los reproductivos. Lo mas que la estadística puede decirnos es la cantidad, calidad i valor de las mercaderías introducidas, pero de ninguna manera puede asegurarnos su necesidad o superfluidad, ni ménos el carácter i circunstancias de su consumo, que es lo que verdaderamente constituye lo que se llama el gasto de lujo. Fuera de que, en el cuadro transcrito arriba ya se ha visto que solo figuran como artículos de lujo el vestuario, las conservas alimenticias, las bebidas fermentadas i el tabaco, la perfumería i los muebles. Pero siendo así, ¿en qué rango deberán colocarse los carruajes i las joyas, los artículos de moda i de gusto i los adornos de casa i de mesa, objetos que todo el mundo considera como de verdadero lujo desde que no son en lo absoluto indispensable para la vida?

V.

Soy el primero en alabar el interés i la importancia cada día mas considerable de los trabajos que viene publicando nuestra oficina de estadística comercial, pero es ciertamente una lástima, señores, que la estadística no pueda decirlo todo. Ella omite las virtudes al lado de las faltas que señala. Anota las importaciones, pero aunque las clasifique prolijamente no puede detallarnos los consumos. Pasa en silencio los vicios desde que no caen bajo la sancion de las leyes, pero no toma en cuenta la caridad, la piedad, ni los buenos instintos del corazón, cosas todas que se le ocultan por completo. Pero que no nos cuente que el lujo está solo en el consumo del tabaco i los licores, las golosinas i el vestuario, i que solo los que gastan plata en estas

cosas son lujosas. Nó: los gustos que constituyen esta pasion no consisten en consumir tales o cuales artículos que la estadística puede calificar de *supérfluos* cuando en realidad son *necesarios* o vice-versa, sino que se manifiestan por consumos exajerados i peligrosos como los que absorven la subsistencia de las familias, por gastos inmorales, de vanidad o de fausto i mui principalmente por la intemperancia que nunca como ahora ha alcanzado en nuestro país un límite tan alto.

Ya se ha visto que en el cuadro de nuestra estadística comercial los licores, que se tienen como artículo supérfluo i que con ese carácter figuran entre los consumos llamados de lujo, se introdujeron el año 69 por valor de 774,739 ps. Pues bien, señores: “la importacion de aguardientes, cerveza i vinos hecha por Valparaiso el año de 1873 se ha elevado a la injente suma de 1.844,652 ps., que con la internacion de licores finos i el despacho de aduana de los demas puertos debe pasar en toda la república de 2.200,000 ps., habiendo de consiguiente un aumento anual de medio millon de pesos en el consumo de esta sola mercancía. Esa importacion ha producido al fisco, por derechos, la suma de 300,000 ps.; pero la riqueza nacional ha disminuido en mas de tres millones de pesos a que asciende el precio de plaza del artículo.” (1)

Lo que la salud i la moral habrán perdido con esta enorme introduccion de bebidas alcohólicas, no hai, señores, para qué decirlo; pero bueno es dejar constancia del hecho siquiera para que se vea hasta qué punto falla la verdad de la estadística cuando nos asegura que nuestro consumo supérfluo alcanza solo al 18^o/₁₀ del consumo jeneral. Ya se ve que un solo artículo llega al tercio del consumo aquel. Nótese además que esa introduccion viene aumentando de dia en dia i que el vicio nos invade ya a tal punto que, si el mal no se detiene, dentro de poco no tendremos nada que envidiar a los pueblos mas intemperantes. I si al presupuesto de los licores se agrega el del tabaco, tan usado entre nosotros i cuyo consumo la estadística estima en 732,041 ps. o sea en solo 2 ps. 7 cts. por habitante, cuando en rigor es mas del duplo de esta suma, tendremos que las dos

(1) *Boletín* de la Sociedad Nacional de Agricultura, núm. del 1.º de abril de 1874.

formas constitutivas del lujo verdadero, *sensualidad i vanidad costosas*, están representadas en nuestro país en proporciones exorbitantes, a la vez que el gusto de los caros objetos de fantasía aumenta en nuestra clase rica exitando los apetitos sin freno, estimulando la pueril emulacion i desarrollando pasiones mezquinas que merman la riqueza a la vez que el bienestar i la moralidad del pueblo.

VI

Fácil me sería entrar por mi parte en otras consideraciones i compulsando de diversa manera los datos de la estadística, formar juicios distintos sobre el alcance social de las mercaderías importadas para nuestro consumo interno. No lo hago por no fatigar vuestra atencion i porque creo imposible arribar a conclusiones científicas exactas en la cuestion compleja de que vengo ocupándome. Grande es el vuelo que ha tomado estos últimos años nuestro movimiento comercial i es sabido que la renta aduanera ha crecido en proporcion; pero no es ménos cierto que dia por dia crecen tambien los gastos suntuarios i aumenta el de los artículos de lujo que absorven el valor del trabajo nacional. La importacion i los consumos suben de mes en mes, pero ni la una ni los otros sirven al desarrollo de las industrias. No hai econcmía ni hai ahorros; i desde que la produccion no crece en la medida de las necesidades, éstas paralizan por completo la riqueza i la prosperidad de nuestro país.

Sin necesidad, pues, de confrontar i descomponer los estadcs de aduanas, *el aumento de las necesidades facticias i la sensualidad i la vanidad costosas*, hé ahí, señores, el lujo verdadero, apoyado en cifras cuya notoriedad no puede contestarse i que justifican la idea de que el ahinco de los goces i lo ilimitado del orgullo son los distintivos de esta época. Por eso los que observan nuestra sociedad se sorprenden de la baja que, respecto de los tiempos pasados, se nota en el nivel de las ideas i hasta de los sentimientos jenerales. La molicie ha invadido los hábitos del mayor número i si el pobre gana para embriagarse el domingo i remoler el san lúnes, la clase opulenta no quiere sino gozar por todos medios i tratar de aumentar su riqueza a toda costa. La juventud misma hace alarde de una vocacion precoz por el

gusto caro i los placeres fáciles. Siento decirlo, pero el deseo de estar lo mejor posible i en todas la circunstancias posibles es para muchos el único estudio i el pensamiento constante de su vida. Nadie se interesa ya por la política ni el amor al bien público, la patria, las glorias del arte i hasta la dulce sociabilidad parecen adormecidas. Faltan evidentemente estímulos que dén impulso al desarrollo intelectual i moral, el corazon se muestra sordo al llamado de las nobles emociones, i la vida regalada, el ájio por toda ocupacion i los hábitos de ocio i de molicie contínua ciertamente que no son las palancas mejores para levantar i retemplar nuestro carácter nacional.

VII

A pesar de estas tristes perspectivas no puede negarse que el lujo, entregado a los caprichos de la pasion i del sentimiento individual, hoi como siempre encuentra aquí i en todos los pueblos que se dicen cultos, tantos partidarios como detractores. Si éstos lo miran como una plaga social, aquellos sostienen que es un gran bien, desde que activando los negocios i desarrollando las industrias hace felices a los individuos i a los pueblos. Voltaire decía “que si el lujo arruina a los pequeños estados, enriquece i hace prósperos a los grandes;” i La Fontaine agregaba, “que la república no tiene por necesario sino al hombre que siembra los beneficios desparramando su fortuna.”—Desgraciadamente, señores, nada es tan falso como estas aseveraciones, porque salta a la vista la enorme diferencia que hai entre los consumos productivos e improductivos, i nadie ignora que los del lujo son de esta última especie. Cien pesos invertidos en una sementera o en alumbrar un salon de baile, dan naturalmente para la sociedad como para el individuo mui diversos resultados. En uno i otro caso el capital se ha empleado en el pago de un servicio; pero de las luces del baile nada queda, al paso que el gasto de la siembra ha creado una fuerza reproductiva dos o tres veces mayor que el capital invertido en realizarla. Por eso se ha dicho i con sobrada razon, que es falso que el lujo imprima movimiento ni actividad a los negocios, como lo sostuvo hábilmente el fisiócrata ingles Hume, pues al contrario tiende a reducirlos, como que

destruye sin vuelta los capitales i anonada su poder productivo. I tampoco es cierto que aumentando las necesidades el lujo fomenta el gusto del trabajo, porque en realidad solo exita al derroche i a la avidez de las riquezas bien o mal adquiridas, como que en lo jeneral i salvo pocas escepciones los mas lujosos son de ordinario aquellos que deben su fortuna a la herencia o a la casualidad.

Otro error que conviene combatir es el que hace estribar el lujo en el uso de tales o cuales artículos de comodidad o de gusto i que no son necesarios para la vida, porque, lo repito, esas distinciones nada significan, pecan por su vaguedad i son falsas i contradictorias, como que casi todas las cosas buenas i todos los inventos que hoi sirven a la felicidad de la existencia se han considerado en su principio como superfluidades inútiles. El historiador Salustio se muestra tan prevenido contra las cosas supérfluas que el gusto de la pintura es a sus ojos un vicio tan reprehensible como la disipacion o la ebriedad. Courcelle cita el ejemplo de individuos llevados a la horca por haberse atrevido a usar camisas, que hoi son indispensables hasta para los gañanes, pero que se creian en otra época objetos supérfluos i de gran lujo. Los moralistas romanos del tiempo de los emperadores, cuando Lúculo hacia servir en su mesa un plato de lenguas de canarios de valor de 4,000 pesos, no emplearon invectivas mas fuertes contra los refinamientos gastronómicos que las que los partidarios de la sencillez lanzaron contra los tenedores, cuando estos inocentes utensilios empezaron a usarse en las comidas. Dandólo, célebre escritor veneciano, habla de la mujer de un Dogo que se atrevió a servirse de tenedores de plata en lugar de comer con los dedos, i dice “que por este crimen *contra natura* exhaló durante su vida el fétido olor de un cadáver.” Los mismos clamores se oyeron, segun Garnier, al inventarse en Francia las chimeneas i los colchones. Las naranjas de España e Italia parecieron a otro notable escritor, Ulrico de Hutten, “un refinamiento lleno de peligros.” Tiempos ha habido en que hasta el comercio de importacion fué considerado como supérfluo siempre que no se limitase al mero cambio de objetos de primera necesidad, i así fué como muchos gobiernos prohibieron el tabaco, los licores, la esportacion de la moneda, el uso de la seda i de las

joyas i hasta de los coches, ya por creerlos innecesarios o ya para defender a los nobles contra la influencia igualitaria de las riquezas nacidas del trabajo i de la industria.

VIII

Pero sea lo que fuere de la verdad mezclada al error que ha inspirado estos anacronismos, es un hecho que no solo las exigencias de la vida, sino que los progresos de la sociedad aprueban en millares de casos el uso de las superfluidades mas notorias, i admiten en el rico i hasta exigen de la fortuna la representacion exterior que ordinariamente la acompaña. La caridad i la abnegacion ¿quién no lo sabe? son plantas preciosas que conviene difundir i cultivar, son nobles i jenerosas virtudes que enaltecen a la criatura i la acercan al Criador, pero no son obligatorias para todos. Son el lote voluntario i altamente recomendable de unas pocas naturalezas escojidas, pero ántes que una espuela del progreso, si no se pone cuidado, ellas pueden convertirse en la rémora del adelanto material i con ménos provecho para la moral del que a primera vista pudiera imaginarse. Sin hacer aquí memoria de las paradojas de Rousseau, premiadas como sabeis por una academia de Francia, no sería diffeil encontrar, en alguna época de la historia, pueblos o congregaciones humanas que hayan tenido un cierto grado de civilizacion i moralidad sin un gran desenvolvimiento de la riqueza i de la industria. Pero nadie ignora que esas son escepciones raras i demasiado transitorias, ¿pues jeneralmente hablando, la ausencia de toda superfluidad i de todo lujo, ántes que a un período de cultura, ha acompañado mas bien a un estado de miseria i postracion en los individuos i en los pueblos.

Es por eso que me parece otro error i bien grave el sostener que la inmoralidad sea la esencia del lujo, porque éste puede ser bueno o malo segun sea moderado o excesivo; i si en el caso de un disipador crapuloso implica falta de moralidad, en mil otros casos, que son los ordinarios, significa simplemente el uso de ciertas comodidades o delicadezas de elegancia, que son de suyo mui honorables i a las que ninguna persona ilustrada dejará de prestar su aprobacion. ¿Por qué ha de ser odioso ni vituperable lo que se llama el *lujo del rico*? ¿Por qué han de

estigmatizarse las *industrias del lujo* si el que las gasta tiene cómo hacerlo? ¿Por qué ha de reprobarse el *lujo público* de un gobierno o de un municipio que marchan en plena prosperidad?—En tales casos no hai mal para la sociedad ni para los individuos.—Pero esos casos son la escepcion i desgraciadamente ellos no quitan, sino que por el contrario procuran con el ejemplo la existencia de otros casos que constituyen lo que se llama el mal lujo moderno: esto es, el loco empeño de aparentar i de sobreponerse a los demás, el gusto facticio por los goces desenfrenados i ruinosos i el consumo excesivo i sobre todo desproporcionado con la fortuna que se tiene.

Dada una tal situacion, es claro que si esas tendencias del mal lujo se jeneralizan como sucede entre nosotros, ellas producen tanto en lo moral como en lo físico resultados que constituyen para las familias i para la sociedad una verdadera decadencia; i es inevitable que bajo el influjo de esa pasion egoista, “que no admite rival i que se excede no solo en los goces sino en los cálculos, como lo observa justamente el economista Baudrillard, todo lo que hai de desinteresado i noble, de tierno i elevado en las relaciones sociales se altere i se abata de la manera mas sensible. I ai de la vida cuando se apagan la luz del deber i la voz de la conciencia!—Si los hombres no sienten otras emociones que las del placer i del medro, de la representacion exterior i del brillo facticio, ni piensan sino en supeditarse unos a otros por el gasto i la ostentacion, ¿qué cabida pueden tener en los espíritus las ideas jenerales i jenerosas, que son las mas grandes i fecundas i que se adhieren a un sentimiento cualquiera, llámese caridad, patria, relijion, ciencia o arte? Sin duda, señores, que estos sentimientos no perecen, pero se resfrian i se materializan; i ciertamente que cuando una buena parte de la sociedad vive solo del ajiotaje i la especulacion, sacrificándolo todo al dinero que da goces i da éxito i entregada a cuanto lisonjea los sentidos o encanta la vanidad, hai sobrados motivos de alarma para los que deseamos el bien i mas aun para el lejislador o el mandatario que deben cuidar, ante todo, del desarrollo i mejora de la moralidad del pueblo.

IX

Yo no hago aquí la fisiología del lujo; hablo solo de sus efectos económicos i sociales. Pero una prueba palpable de la existencia del de mala calidad la tenemos, señores, en los hechos graves que diariamente presenciamos, en el desequilibrio de la renta i los consumos, en el aspecto jeneral de nuestra sociedad elegante i en los fuertes gastos de la clase ménos acomodada que trata de igualarla, pero mas todavía en la disminucion de los matrimonios de jentes de calidad, el aumento de las necesidades jenerales i la carestía cada vez mayor de los objetos indispensables para la vida. I nada mas natural, porque si es cierto, como decia Francklin, que *“mas cuesta alimentar un vicio que muchos hijos,”* tambien es verdad que los gastos de ostentacion i el vano propósito de igualarnos unos con otros van haciéndonos la existencia cada vez mas embarazada i exigente. Para la inmensa mayoría el matrimonio ha venido a ser un verdadero objeto del lujo i por eso se retrocede ante las obligaciones que él impone sin estimar en lo que valen las alegrías ni los goces de la familia.

¿Podrá creerse que los matrimonios calculados durante un decenio, en todas las parroquias del departamento de Santiago, no alcanzan sino a tres i medio por mil habitantes en el año? ¿Se creerá que de esos mui contados enlaces no llegan nunca al 2 p ∞ los de personas acomodadas o de condicion notable? ¿I se creerá todavía que de esos matrimonios tan reducidos una cuarta parte deja de realizarse, despues de corridas las proclamas i obtenidas las dispensas de la Curia, porque los contrayentes pobres desde que cuentan con ese requisito se dan por satisfechos? ¿Para qué buscar entónces pruebas mas concluyentes? ¿Quién podrá negar que las necesidades facticias i la vanidad, que son el oríjen verdadero del lujo malo, son tambien un obstáculo poderoso para el incremento de las familias i la mejora de nuestro pueblo?—I por qué sucede esto? Porque hoi es menester, ante todo, que cada cual satisfaga sus necesidades de egoismo i de representacion. Padres i madres, pretendientes i pretendidas, hoi nadie quiere bajar sino subir constantemente en la móvil escala de los gozes i del fausto, mayores o menores segun la fortuna i el rango, mas o mé-

nos excesivos segun la indiscrecion o cordura de los individuos. El vicio que cuesta caro o por lo ménos el gasto de placer i de satisfaccion personal, marchan paralelos hoi con la fortuna que se tiene o se desea i con el ahinco de figurar a toda costa.

Es cierto que en medio de esta situacion, que los partidarios del lujo llaman feliz i próspera no obstante la crisis jeneral que nos agovia, muchos objetos se multiplican i abaratan hasta hacerse accesibles a la mayoría, cuyos recursos han aumentado con el desarrollo de la produccion i el incremento de la fortuna jeneral. Tampoco puede negarse que hoi vivimos con mayor comodidad que ántes i que el bienestar que la clase trabajadora ha alcanzado con el alza de los salarios es manifiesto. Pero no es ménos cierto que en nuestras ciudades todas i principalmente en Santiago las dificultades de la vida han aumentado estraordinariamente. Todo ha encarecido aquí, desde la carne hasta la sal, desde la habitacion i el vestuario hasta el último de los menesteres domésticos. Todo sube con imprevista rapidez i no hai renta ni salario que no disminuyan ante el precio elevado de los consumos. I en este encarecimiento de la existencia es incuestionable que el lujo i los crecidos gastos suntuarios tienen una responsabilidad tanto mas esencial cuanto que los moderados sufren por los fastuosos, los inocentes pagan por los culpables i todos, mal que les pese, tienen que soportar las exigencias de esta situacion anómala que obliga a cada cual a someterse i a gastar como los demas, cueste lo que cueste i suceda lo que suceda.

X

Es un hecho, sin embargo, que Chile no puede enriquecerse ni alcanzar un progreso estable si no produce en relacion con sus necesidades i sus consumos. Desde el momento en que su produccion crezca con relacion a esas necesidades, el precio medio de sus productos consumidos debe disminuir, porque no puede haber crecimiento en la produccion ni en la fortuna pública sin que haya al mismo tiempo baja en el precio de consumo de los productos. Todas nuestras empresas industriales, mineras o de comercio, fabriles o agrícolas no pueden tener

sino un objeto,—aumentar la cantidad producida i disminuir por ese aumento los gastos de produccion,—por manera que la disminucion de los precios de consumo que resulte del aumento de productos venga a acrecer a la vez el bienestar de productores i consumidores, que es lo que constituye la prosperidad jeneral.

Si así no fuese, ¿por qué resultado positivo podríamos reconocer el progreso de las industrias ni la utilidad verdadera que rienden nuestros grandes trabajos privados o públicos? Nada mas que por la baja de los costos de produccion o del precio medio de las cosas consumidas. I bien, ¿cuál es el resultado que nos han dado, al ménos hasta hoi, los millones gastados en estos últimos años? Un encarecimiento jeneral de todos los artículos de consumo a la vez que del trabajo manual; una alza enorme en el precio de todas las cosas; una subida de mas de 50 p^o en todas las exigencias de nuestra vida material i social. Este hecho es patente como la luz. Para estar en la lójica preciso es entónces confesar que si esas obras han traido beneficios reales, no es la jeneralidad de los ciudadanos la que ha ganado con ellas, porque, al contrario del resultado que habrian debido producir, la vida es hoi mucho mas cara entre nosotros de lo que era ántes que esas obras se ejecutasen. I una de dos: o esas grandes obras,—ferrocarriles, telégrafos, diques, muelles, almacenes de aduana, palacio lejislativo, palacio de la industria, palacios particulares, parques, hoteles i casas espléndidas i que simbolizan nuestro progreso,—no han producido hasta ahora efectos útiles para la nacion pues que ella gasta en vivir el doble que ántes, o bien esas obras han dado provechos reales i entónces los que las han ejecutado han absorbido todas sus ventajas, puesto que para el público no ha resultado ni disminucion de impuestos ni baja en el precio medio de las cosas necesarias a la existencia.

No, señores! No nos engañemos de propósito deliberado i busquemos la causa de este fenómeno en su verdadera fuente. Yo entiendo que donde quiera que la democracia se convierte en elemento preponderante ella se recomienda por su laboriosidad i su economía, que forman contraste con los hábitos de pereza i de rutina que fueron la herencia de nuestra sociedad de otro tiempo. Pero, ¿qué sucede hoi en Chile? Ya no tene-

mos una plebe viciosa i pordiosera que viva a espensas de los ricos;—el inquilinato desaparece para abrir el campo al trabajo pagado;—la clase industrial se muestra cada vez mas activa i laboriosa;—la clase obrera elevándose al bienestar por el ahorro; la propiedad cada dia mas repartida en las ciudades i en los campos;—la necesidad de la instruccion i el sentimiento de la independencia i de la dignidad personal cada vez mas jeneralizados.—Hé ahí los rasgos principales que constituyen una superioridad incontestable de nuestro modo de ser actual sobre el antiguo: hé ahí lo que podria llamarse el triunfo verdadero de la democracia, que da a este país vitalidad i orden en el interior i valimento i consideracion en el extranjero.—Pero si con todas estas ventajas suprimimos de nuestra existencia esa luz solitaria de la conciencia moral, esa fuerza interior que se compone de las creencias i de las costumbres, de la dominacion de nosotros mismos i de nuestra conservacion material e intelectual, ¿no decaeremos sacudiendo el yugo del trabajo i de la actividad para entregarnos a los excesos del lujo i de la disipacion? ¿Qué aprovechan a nuestras familias ni a la sociedad esos gastos fantásticos i de pura emulacion, que devoran las fortunas i a veces hasta la honra, por el vano deseo de aparentar i hacer figura? ¿Cuánto mas no ganarian la prosperidad i el orden si se restableciese desde luego en Chile el equilibrio perdido entre los consumos i la produccion?

X

Desgraciadamente, señores, esta propension al lujo que tanto crece en nuestro país no es de hoi, sino que data de un tiempo en que teníamos harto ménos recursos que al presente. Un escritor frances, Mr. Parisot, la citaba ya con sorpresa hace 20 años i hablando del comercio que sus compatriotas hacian entónces por Valparaiso decia: “No puede ménos de reprocharse a nuestros negociantes el que la mayor parte, “cuasi la totalidad de los cargamentos que mandan a Chile, “sean solo de objetos de lujo i fantasía, en lugar de artículos “ménos preciosos, pero cuidadosamente confeccionados, de un “precio mas módico i apropiados a la gran masa de los consumidores, pues por mas que los ricos de Chile sean lujosos, es

“la masa aquella la que ofrece a las especulaciones comerciales “el campo mas vasto i los beneficios mas seguros.”—Parece, pues, que la vanidad es de tiempo atras como el rasgo prominente de nuestro carácter i que el chileno la lleva a donde quiera que vaya.—Sir Robert Peel decia que en Inglaterra de cinco individuos cuatro gastan toda su renta i solo uno economiza; pero que en Francia habia observado que de 40 familias 39 hacian economías o por lo ménos se empeñaban en no consumir jamás el todo de sus entradas. Yo pienso que de Chile o mas bien de Santiago puede justamente decirse lo contrario, porque aquí la inmensa mayoría consume harto mas de lo que produce i vive, como vulgarmente se dice, sobre la renta del año venidero. Al ménos yo he podido notar muchas veces que cuando un extranjero, en circunstancias dadas, gasta como cuatro, un chileno gasta como diez;—i como el exceso de gastos trae situaciones embarazosas i difíciles, debe esperarse que los futuros fisiologistas del Injo nos pinten con caractéres que hagan llorar i que hagan reir de nuestra incorrejible vanidad.

Talvez será de la esencia de nuestra democracia chilena el cambiar la igualdad, que en su sentido lejítimo es una verdad i un bien, por un conato ardiente de equipararnos con los que tienen mayor fortuna que nosotros. Este deseo, que a veces toma sérias proporciones como cuando los padres de familia se arruinan por figurar, i a veces formas ridículas como cuando exceden sus recursos por dar a sus esposas e hijas carruajes, muebles de seda, ricos vestidos i palco en el teatro, no es entre nosotros una escepcion ni el único ejemplo de lo que se llama *el lujo malo*. Es al contrario una tendencia jeneral i arraigada, un gusto fijo, una pasion que domina sobre todo entre las jentes de mediana fortuna: es algo que constituye una especie de enfermedad social i que podria llamarse “ el furor de hacerse notar en el número harto crecido ya de los felices i los ricos.” I dada esta perversion del sentimiento democrático i conocida nuestra debilidad por distinguirnos o mas bien por igualarnos los pobres con los acaudalados, nada mas natural que el que esa lepra se estienda, porque la pasion del lujo domina mas que las otras i de ordinario arrastra aun a los que se creen cuerdos a los mas locos i censurables extravíos. Decidme, señores, ¿a qué otra causa sino a las crecidas inversiones del lujo se debió la

crisis del 61? I la que venimos atravesando desde hace catorce meses ¿por qué persiste i se ahonda i es hasta una amenaza para las fortunas mas sólidas, sino porque se ha roto el equilibrio entre la produccion i el consumo, esto es, porque el país no produce ni con mucho lo necesario para saldar la fuerte importacion que nos hace el extranjero?—Desde los venturosos tiempos de California, que iniciaron nuestra prosperidad comercial, ¿cuándo han sido mayores ni mas exajerados el fausto i la ostentacion que en estos últimos años?

XI

Es bien sabido que de todos los ramos del comercio, los que se refieren a la esportacion de los productos nacionales i a la importacion de productos extranjeros, son los que tienen un significado mas esencial para la estimacion de las tendencias industriales i mercantiles del país, para establecer su lejislacion aduanera i para calcular el mayor o menor desarrollo de la riqueza pública. Hagamos, pues, con todo laconismo, un resumen comparativo de lo que han sido en el año último esos dos ramos fundamentales de nuestro comercio jeneral, i tendremos que, segun los documentos oficiales, son como sigue:

I.—Importacion total de 1873, segun el valor	
calculado por las Aduanas.....	\$ 37.928,427
Derechos, comisiones i gastos que no bajan por término medio del 33½ p 3.....	12.642,809
	\$ 50.571,236
II.—Esportacion en 1873 de productos	
nacionales.....	36.903,937
Id. de mercaderías nacionalizadas.....	1.906,334
	\$ 38.810,271
	\$ 11.571,236

I es claro que esta fuerte suma, si no en el todo al ménos en su mayor parte, forma saldo anual a cargo del país, que merma considerablemente su fortuna i no puede pagarse sino con una

mayor produccion o con empréstitos sucesivos. I ahora, si queremos saber la cuota porque figuran en esa enorme diferencia nuestras importaciones de objetos de reconocido lujo, tendremos que se han introducido el año 1873:

Por sederías.....	\$ 1.020,775
Licores.....	1.437,651
Joyería.....	815,163
Perfumería.....	121,447
Muebles.....	938,536
Adornos para vestidos, etc.....	482,134
Conservas alimenticias, dulces i golosinas.....	300,997
Tabaco i cigarros.....	1.076,238
Varios artículos de gusto.....	191,965
	<hr/>
Suma.....	\$ 6.384,906

XII

Nadie niega, señores, que el que tiene una fortuna lejitima i libremente adquirida puede emplearla como quiera, pero tambien es indudable que el uso que de ella se haga puede ser bueno o malo, favorable o adverso para la sociedad, i que en este punto son tanto mas necesarios los preceptos de la moral cuanto que la lei positiva es completamente muda. I dado este silencio de la lei, ¿os parece que la moral pública i la economía social deban aprobar esos consumos personales estravagantes i ruinosos? Esos gastos de puro lujo, que para ser mejor comprendidos llamaré yo de fausto desproporcionado i de loca ostentacion, ¿dejarán de ser nunca una barrera opuesta al progreso i a la moralidad del país? I sin desconocer la laboriosidad ni la caridad, que tanto honran a nuestros compatriotas, sin negar los sacrificios que ellos hacen a la beneficencia i al desarrollo de las industrias, ¿podrá dudarse en vista de lo espuesto, que para nosotros los gastos puramente personales son los mas considerables i que entre ellos los de aparato i fausto ocupan el lugar mas prominente?

Segun la estadística comercial nuestra importacion de mercaderías francesas el año pasado fué de \$ 7.851,014, lo que da

mas de una quinta parte del comercio jeneral a las solas mercaderías venidas de Francia, que como sabeis consisten principalmente en telas finas i vestidos confeccionados, carruajes, vinos i licores de calidad, muebles i menajes de casa, tapices, grabados, encajes, pinturas, objetos de arte i otros artículos que son no solo de moda i de gusto sino de lujo mui real i verdadero. Si este gasto, que viene aumentando año por año, fuese solo de los ricos o se cubriese en el consumo jeneral con una produccion equivalente, nada habria que decir, por que el amor al bienestar i a la comodidad de la vida no solo es lejítimo sino que sirve de base a la civilizacion, como que estando combinadas en nosotros la naturaleza carnal i la espiritual i siendo un conjunto de cuerpo i de alma, necesitamos para el bien de nuestro espíritu de ciertas satisfacciones cuya base es la materia; necesitamos cierta clase de alimentos, habitaciones, vestidos i hasta pasatiempos, i si nos privamos de ellos nuestro cuerpo está espuesto a las enfermedades i el alma misma corre peligros de no llenar bien la mision que le es propia. Los filósofos dicen que el hombre no es otra cosa que *una inteligencia servida por órganos*; i si esto es verdadero como un axioma, por lo mismo que el alma tiene como ajente al cuerpo, por eso mismo la relijion i la moral, la lei social i la lei económica nos obligan a cuidar de este cuerpo i a hacer en su obsequio cuanto pueda conducir a conservarlo i perfeccionarlo.

Sin embargo, señores, preciso es no olvidar que no se puede consumir sin producir i que, aun produciendo lo bastante para pagar nuestros consumos, cuando el amor al bienestar dejenera en sensualismo contraría la marcha de la civilizacion i detiene sus progresos, porque debilita los resortes del alma i despoja al hombre de la fuerza que necesita para avauzar en la carrera de la vida. Esta es una verdad demostrada, i así como una poblacion de sibaritas seria inconciliabile con la felicidad de los individuos i con el poder del Estado, así tampoco podria darse una gran nacion, ni ménos una nacion feliz con hombres que carecieran de los elementos del bienestar material. Un pueblo miserable dificilmente dejará de ser un pueblo bárbaro. Lo que recientes exploradores acaban de contarnos de los habitantes de la "Tierra del Fuego" no es una novedad, pero es un hecho

que, despues de mil otros, viene a demostrarnos cuánto influyen la desnudez i la ignorancia en la grosería de los instintos i hasta en la ferocidad de las costumbres.

Pero si la práctica del buen vivir i de saber asociar las honestas satisfacciones del cuerpo i del espíritu, el cultivo de las ciencias, las letras i las artes, el amor del comfortable i de todo lo que embellece la vida moderna son incompatibles con las privaciones i la miseria, tambien es innegable, señores, que las enseñanzas de la moral i de la sociabilidad condenan con sobrada justicia los abusos de la riqueza i la extravagancia de los gastos personales i de ostentacion que prueban tanta falta de cordura como demasía de egoismo i vanidad. Vosotros lo sabeis mejor que yo, todos estos son los corolarios obligados del *lujo malo*; pues cuando se gasta mas de que se produce el hombre i las familias empobrecen, la moralidad decae, los caractéres se debilitan, el trabajo honrado carece de estímulos i a medida que el pequeño número de los poderosos consume sin término, la fortuna de las clases ménos acomodadas se evapora por imitarlos i las privaciones de la muchedumbre se aumentan, como que los medios lejítimos de adquirir, aun en los países mas opulentos, nunca bastan a satisfacer las exigencias de una caprichosa fantasía.

El canciller Bacon decia que “el lujo es como la hidropesía del cuerpo social” i agregaba que “las miserias mas grandes son las que se ocultan bajo el lujo de las naciones.” La importancia de este escritor desvaneci6 el aserto del filósofo de Ferney, que sostenia “que todos los que hablaban contra el lujo no eran otra cosa que *pobres de mal humor*;” pero no ha bastado para hacer aceptar su calorosa recomendacion de las leyes suntuarias como remedio del mal que se trata de reprimir. Esas leyes, señores, jamás han producido el efecto que se buscaba i con los progresos de la industria i de la libertad individual, que rechazan por completo la intervencion del Estado en la vida de los ciudadanos, lo que hoi hacen los gobiernos es imponer al lujo cargas pecuniarias, que no tienen carácter represivo, pero que en forma de impuestos se convierten en una de las fuentes mas principales de las rentas públicas. Por eso no debemos pedir nosotros que en Chile el gobierno intervenga en estas materias. Debemos, sí, tratar de que las entradas fiscales incre-

menten impulsando la importacion reproductiva del fierro, la madera, las máquinas, etc., i recargándose el derecho de los artículos llamados de lujo, principalmente las sederías, cigarros, licores, i gravándose estos artículos con derechos *ad valorem*, pues no hai razon para que, por ejemplo, el Burdeos Laffitte que vale 10 ps. botella pague el mismo derecho que el vino del artesano, ni para que el cigarro hamburgués que fuma el *roto* se estime de igual manera que los imperiales de Cabañas que son el goce de los opulentos.

Lo que nuestro país necesita sobre todo, Señores, es nivelar su produccion i sus consumos, pues cuando este equilibrio no se rompe el hombre mejora de suyo; disminuye sus necesidades facticias i aumenta el poder de su trabajo futuro con el socorro de los frutos de su trabajo anterior; la sociedad se enriquece i en recompensa de su labor asegura cada año una suma mas i mas considerable de objetos que contribuyen a la prosperidad jeneral. Todo chileno entónces podrá dar satisfaccion a mayor número de necesidades, la miseria i el vicio serán atacados en su órigen i el progreso social se operará como por sí propio i sin grandes esfuerzos. Esta es una verdad esperimental, señores, i ella prueba que la riqueza i el bienestar suponen en los individuos como en las naciones dos virtudes principales: el amor del trabajo i el deseo del ahorro, que solo se adquieren a la sombra benéfica de la libertad i de la moral. La libertad es como injénita para nosotros, porque por ella nacimos i con ella vivimos bajo la república; es peculiar a nuestra naturaleza i es como una herencia de que gozamos por privilejio; mas para los individuos como para los pueblos la libertad es tambien una dignidad a la que no se llega sino por el órden, el trabajo i la virtud.

MARCIAL GONZALEZ.
